

TRADUTTORE TRADITORE: RIESGOS Y PELIGROS DE LA TRADUCCION

por Waldo Merino

Traducir no es cosa fácil. En su forma más simple consiste en entender un texto y expresarlo de modo que lo comprendan aquellos a quienes se lo comunicamos. Mas, en una de las dos fases se corre el riesgo de equivocarse. El error puede ser un mero descuido o un dislate mayúsculo. Dos excelentes ejemplos nos proporcionan las expresiones «Ganso Verde» y «Ciencia Ficción».

Entre los topónimos inolvidables de la guerra de las Malvinas ninguno más expresivo ni reiterado que «Ganso Verde», que era la versión castellana de «Goose Green». Ahora bien, «green» aquí no significa verde, no es un adjetivo, pues de serlo hubiera precedido al nombre, como sucede normalmente en inglés, y sería «Green Goose». Por el orden del sintagma «green» es un nominal, y «goose» es lo que tradicionalmente se ha llamado complemento del nombre. El primero significa «un lugar cubierto de hierba y de uso público o para un destino determinado», es decir una pradera, campera o prado. Por ello, ganso verde, y muy verde, fue quien primero lo tradujo, ya que la forma inglesa quiere decir la pradera de los gansos o el prado de la oca.

Análoga es la traducción que correspondería a la expresión «Science Fiction». Las lenguas europeas siguen dos direcciones por lo que se refiere a la sintaxis nominal, la secuencia o la anticipación del complemento, así decimos «maestro de escuela» o «school master». En ese supuesto hemos de interpretar el conjunto que tratamos, en el que el segundo elemento ocupará el primer lugar en nuestra lengua. «Fiction», además de ser lo opuesto a realidad, tiene una clara significación para cualquiera que haya visitado una biblioteca inglesa, y, como tal, la define el diccionario, «literatura imaginativa del género narrativo, especialmente novelas». Si traducimos «Science Fiction» por ciencia ficción, hemos de decir «escuela maestro» por «school master». Pero la expresividad de la «ciencia ficción» es tan explosiva que mucho tememos que, al fin, tendrá que cargar nuestro diccionario con el despropósito, a semejanza del francés.

Más, el traslado de un mensaje no es el único propósito de la traducción. La palabra ocurre en un contexto afectivo y la expresión de las ideas tiene aspectos estéticos, resonancias estilísticas y asociaciones múltiples. La versión que en mayor medida sea fiel a estas nociones será más digna de estima. Ortega asegura que el lector prefiere en una obra traducida que se lleve al extremo de lo inteligible las posibilidades de una lengua para que trasparezcan en aquella los modos de hablar propios del autor traducido¹.

La traducción así concebida es una re-creación, en la que el traductor no escatima esfuerzo para conseguir su objetivo, aún perdura en nuestro espíritu el efecto producido, en los años mozos, por la excelente versión de D. Juan Valera de las pastorales de Longo en su «Dafnis y Cloe», aunque después hemos sabido que su Mitilene era una sofisticada creación urbana del bajo imperio. En ocasiones un autor finge traducir lo que realmente compone para rodearlo de un halo de lejanía o impregnarlo de un efluvio mágico, como en los 44 maravillosos «Sonnets from the Portuguese» de Elizabeth Barrett Browning.

Al lado de esta traducción creativa, en la que no importa el tiempo, existe otra que Menéndez Pelayo calificaba de «pan llevar» en la que las horas, las líneas y las páginas entran en el cómputo de cierta forma de esclavitud literaria. Entre ambas se halla el ámbito de la traducción profesional y responsable, en un mundo de exigencias industriales y científicas, de traducciones simultáneas en tantos congresos, convenciones y coloquios. Si en la traducción oral improvisada hay que admitir un margen de deslices, no sucede así en la de libros y ejemplares impresos.

En un país donde el número anual de libros publicados ronda la cifra de los 30.000, las obras traducidas representan un volumen respetable de más de 8.000, aunque muchas de ellas corresponden a esa sección que Carlos Barral ha calificado de subcultura de fabricación alevosa. En todo caso es hora de que se responsabilice el traductor y deje de confiarse semejante labor a meros aficionados. Hay un sinnúmero de personas que sencillamente creen que, con un diccionario, cualquiera es capaz de traducir lo que se le ponga por delante. Algunos son nuestros mismos estudiantes, para quienes la traducción como ejercicio escolar, preocupándose sólo, o principalmente, por la inteligencia del texto, y aún estando aleccionados sobre las sorpresas que presentan la polisemia, la distaxia y el entramado sintáctico, supone obstáculos difíciles de superar.

Son innumerables los disparates que se pueden recoger de los ejercicios de examen en todos los países, que constituyen joyas antológicas de la «Foire aux cancre» o de los «Schoolboy "Howlers"». ¿Quién hizo célebre

(1) ORTEGA Y GASSET, J., «Misera y Esplendor de la Traducción», en el *Libro de las Misiones*, Buenos Aires, Col Austral, 1940, pp. 171 y 172.

aquella traducción de la obra de Molière, «Don Juan ou le festin de pierre», por «Don Juan o el festín de Pedro»? Mas no se crea que son menores los que se pueden cosechar en letra impresa. Apareció, en la época en que comenzaba a motorizarse España con el crecimiento del parque nacional de automóviles, en el diario barcelonés «La Vanguardia», un curioso artículo sobre la conducción en Francia y el afán ideal del conductor francés de «doblar a la bella americana» —«doubler» es adelantar y «la belle américaine» es uno de aquellos despampanantes coches de lujo de fabricación americana, que el pueblo ingenuo llamaba «haigas». No sólo en el artículo a vuela pluma de un diario, sino en sólidos libros de erudición, de historia o de arte se desbarra a mansalva.

Durante la tercera y cuarta década del presente siglo gozaban de gran predicamento las obras de André Maurois, novelas, ensayos y biografías, de las que se hicieron numerosas traducciones; en una de ellas nos topamos con la siguiente frase:

«Había que guardarse de agitar la *bandera carcomida por los mitos* de las controversias del siglo pasado»².

¿Banderas carcomidas por mitos?, tal vez se trataba de una metáfora bastante osada; mas, no, menos, el original daba «drapeau mangé aux mites». El traductor había confundido «mite», polilla, con su homófono «mythe», mito.

En época más reciente, después del conflicto bélico, menudearon los libros que se ocupaban de él, en uno de ellos, hablando del político noruego Quisling, leemos:

«Cuando ya era capitán, se le nombró ayudante del *General Staff*»³.

El tal General no existió nunca, que sepamos, ya que en inglés «General Staff» significa Estado Mayor.

En páginas posteriores de la misma obra aparece:

(2) MAUROIS, André, *Eduardo VII y su época*, Barcelona, Juventud, 1935, p. 142.

(3) LITTLEJOHN, David, *Los patriotas traidores*, Barcelona, Luis Caralt Editor, 1975, p. 12.

«Pero los judíos *habían sido hechos para participar* en todos los procesos de su propia destrucción desde el registro inicial por los Consejos Judíos hasta el momento de deshacerse de los cadáveres»⁴.

Eximamos al Supremo Hacedor de tan siniestro propósito; «had been made to participate» quiere decir que habían sido obligados a participar, lo que, aunque macabro, cae dentro del ámbito de las atrocidades nazis.

En tiempo aún más próximo, cuando con motivo de celebrar el centenario del pintor Pablo Picasso una ola de traducciones invadió las librerías; en una hallamos:

«Pocas cosas podían apartar a Picasso de su trabajo. La razón es evidente. La corrida siempre le proporcionó materiales nuevos. Eso fue, una vez más, lo que ocurrió en 1958 *en Whitsun*»⁵.

Es inútil que intentemos averiguar dónde está «Whitsun». No hay semejante lugar en el planeta; «Whitsun» es el nombre inglés de Pentecostés.

Mas, si todos los casos presentados coinciden en la falta de total comprensión, hay otros de mala inteligencia del texto o de insatisfactoria expresión en español. He aquí algunos:

En la misma obra sobre Picasso, algo más adelante, se ve:

«La exposición cronológica permitió seguir la secuencia del pensamiento de Picasso y disfrutar, por un lado, de su alegría en respuesta al motivo — *la infanta rodeada por sus asistentes*»⁶.

¿Asistentes? Se trata de las Meninas, D.^a María Agustina Sarmiento y D.^a Isabel de Velasco, hijas, respectivamente, de los Condes de Salvatierra y de Fuensalida.

(4) *Ibid.*, p. 128.

(5) PENROSE Sir Roland, *Picasso. Su vida y su obra*, Barcelona, Argos Vergara, 1981, p. 369.

(6) *Ibid.*, p. 375.

En todas las obras citadas abundan los ejemplos. Así, el rey Eduardo, cansado de esperar, se dirige a su esposa el día de su coronación en los siguientes términos:

«Alejandra, si te empeñas en ser insoportable, no serás *coronada del todo*»⁷.

¿Cómo? ¿Sólo coronada en parte? Evidentemente, es un descuido, porque cualquier escolar está informado que «pas du tout» es la negación absoluta.

Pero los descuidos continúan. Poco después, al hablar de las relaciones con Rusia y expresar cómo representan los caricaturistas a este país:

«“Punch” representaba un oso con *un casquete* de funcionario ruso»⁸.

¿También olvidamos que «la casquette» es la gorra en francés? Pues no es caso único, porque otro sedicente traductor olvida cómo se dice en inglés:

«El “Cuerpo de Líderes Políticos”, durante la ocupación, usó *gorras de pico*, guerreras y pantalones de color marrón»⁹.

¿Gorras de pico? «Peaked caps», en español las llamamos de plato.

Otros traductores no se satisfacen con usar mal las palabras españolas, sino que se hacen innovadores e introducen voces no sólo desconocidas, sino imposibles. En el ciclo de versiones consagradas al Guernica observamos:

«El bodegón moderno *neglige* la tangibilidad material en favor de unas destacadas cualidades perceptuales de color y forma»¹⁰.

(7) MAUROIS, *op. cit.*, p. 127.

(8) *Ibid.*, p. 175.

(9) LITTLEJOHN, *op. cit.*, p. 72.

(10) ARNHEIM, Rudolf, *El “Guernica” de Picasso*, Barcelona, Gustavo Gili, 1976, p. 26. Esta obra de la editorial G.G. anuncia una «revisión» bibliográfica y un comité asesor.

De negligencia se ha sacado por «creatividad» personal el verbo negligir. Una vez descubierto el verbo, a hacer buen uso de él.

«En un capítulo titulado “Los universales neurotogénicos” se refiere a la experiencia humana común como “los universales triviales que son *los negligidos ladrillos* de construcción de la creatividad del hombre y de sus enfermedades neuróticas”. No está claro si se sugiere o no que las trivialidades deban ser *negligidas*»¹¹.

En otras obras históricas, además de los descuidos tradicionales del modelo reseñado:

«Poco después marchó a acompañar a la infanta Leonor, que había *partido para esposar* al rey de Portugal»¹².

(Esposar a una persona no quiere decir, según la Academia, casarse con ella, sino, con una sola acepción, *sujetar a uno con esposas*), se ignoran expresiones consagradas por el uso, o se introducen otras apenas inteligibles:

«El *rey-secretario* ha sido un buen alumno. Se sabe de memoria la lección de su preceptor, que también fue cronista oficial de su padre. Porque Juan Gines de Sepúlveda utiliza el problema de las minorías para incitar a Carlos V a la dominación de numerosos reinos»¹³.

El *rey-secretario* es Felipe II, el rey burócrata.

En otra obra, por lo demás bien traducida, en la que aparecen vocablos que si bien los registra el diccionario, como «solevantamiento» o «cartas perfunatorias (sic)», no tienen el sentido del texto original o son inusitados, encontramos:

(11) *Ibid.*, p. 16.

(12) PÉREZ, Joseph, *La Revolución de las Comunidades de Castilla*, Madrid, Siglo XXI, 1977, p. 124.

(13) MECHOULAN, Henry, *El honor de Dios*, Barcelona, Argos Vergara, 1979, p. 24.

«Por supuesto, la Iglesia también era propietaria absoluta de algunas tierras y casas en las localidades de señorío eclesiástico, como en las de *señorío lego* y en las de realengo»¹⁴.

Está claro que el señorío lego es el no eclesiástico o secular, mas no tranquiliza al lector esa expresión.

No intentamos hacer un repertorio exhaustivo de barbarismos, galimatías y demás claudicaciones, y eso sin entrar en el terreno de la construcción y de la sintaxis; mas no queremos proseguir sin dedicar unas consideraciones a un campo especialmente delicado, el constituido por aquellas formas verbales de estructura semejante, pero de distinta valoración semántica. Es un terreno muy peligroso, porque cuando la separación de significados no es grande, se va violentando las voces vernáculas hasta igualar los niveles semánticos.

Veamos en primer lugar los casos de «audiencia», «evidencia» y «suspense».

El vocablo «audiencia» goza de antiguo y justificado prestigio en nuestra lengua. Desde el Diccionario de Autoridades al de 1970 es tanto la entrevista ceremoniosa concedida por un superior, como el tribunal de justicia o el lugar o acto del juicio. La palabra «audiencia» en inglés entraña el acto de oír, la solemne entrevista y, además, el «conjunto de oyentes o espectadores». Esta última acepción se ha introducido ya en el francés, donde al público se le llamaba «auditoire», y, como en español, «auditorio» era tanto el grupo humano como el salón de conferencias. Son notorias las ocasiones en que los medios de difusión utilizan en este sentido la citada voz y, como parece caer dentro del ámbito de posibilidades de nuestra lengua, no podemos reprochárselo a los traductores, puesto que, tal vez, la nueva edición de la Academia nos ofrezca esta novedad.

Si esto sucede con la forma anterior, no pensamos lo mismo de la palabra «evidencia». La edición de 1970 del Diccionario de la Academia nos ofrece sólo el sentido abstracto, equivaliendo a certidumbre, algo que no precisa demostración. En inglés, «evidence», además de usarse como en español, tiene un segundo aspecto: «indicios, hechos o testimonios que sirven para probar o rechazar algo», de ahí el sentido forense «el testimonio o los objetos materiales que sirven de prueba en los juicios». En estos sentidos concretos lo vemos aparecer en tantas películas como nos afligen con sus pésimas traducciones, pero también en la bibliografía científica y de investigadores, donde hablan de que no hay evidencia de tal o cual sustancia, o de este o aquel fenómeno. ¿Se admitirá en español, finalmente?

(14) HERR, Richard, *España y la Revolución del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1979, p. 76.

¿Podremos decir que la evidencia es una bicicleta o una pistola o un bolígrafo? ¿Se podrá reprochar a los traductores su empleo? Si es o no contrario al «genio de la lengua» no es fácil de decidir, si se tiene en cuenta que el Diccionario de Autoridades lo define «Manifestación, demostración, prueba clara y visible de alguna cosa», y cita un texto de Espinel de aplicación judicial:

«Descubierto el hurto con la *evidencia* possible, me dieron mi macho, y me avié camino de Málaga»¹⁵.

No sucede lo propio con la voz «suspense», que se ha preferido conservar en su forma original, para tormento de los locutores que no sabían si pronunciarla a la francesa o a la inglesa, o, como suelen en otros casos, con una combinación de ambas. El diccionario ofrecía un modo relativamente hábil de castellanizar el vocablo con «suspenso», que, aunque lo propone como adjetivo, «admirado, perplejo», no habría inconveniente en sustantivarlo, como en la locución «en suspenso» y que no está alejado del sentido inglés de incertidumbre o expectativa. ¿Sería por conservar el matiz narrativo de ansiedad o por la asociación con el fracaso académico? De todos modos, parece que nos hemos librado de su recurrente frecuencia.

Si podemos exculpar a los presuntos traductores del empleo prematuro o anticipado de las tres formas reseñadas, hay otras que no merecen tan fácilmente nuestra disculpa.

Existen términos que aparentemente no ofrecen dificultad; pero, al surgir en determinados contextos cobran sentidos inesperados para el traductor que se confía, tal es el caso de «dependent», del que se hace esta versión:

«tan dependiente como un niño»¹⁶.

Ciertamente lo que aquí procedía decir es desvalido.

(15) *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Real Academia Española, 1792, s.v.

(16) NICOLSON, Nigel, *Retrato de un matrimonio*, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1973, p. 186.

Que el inglés «sentence» significa frase lo aprenden pronto los alumnos, pero a veces lo olvidan los traductores:

«La *sentencia* de Breton "la belleza debe ser convulsiva o no ser" coincidía con esa nueva tormenta que había comenzado a perturbar a Picasso»¹⁷.

Como André Breton no era un juez que sentenciara, ni tampoco sentencioso, la afirmación de Breton es una sencilla frase.

Túnica es palabra clásica que se ha conservado en las lenguas modernas para designar la indumentaria propia del mundo antiguo, y de su supervivencia en la vestidura larga, plegada y solemne. Por un azar del juego semántico vino a denominar en francés, tunique, y en inglés, tunic, la guerrera propia del uniforme militar, con mangas, bolsillos, botones y demás accesorios, sin perjuicio de conservar aquel valor. Al menor descuido surge la incongruencia:

«Una *túnica cubierta de condecoraciones* pero sin cabeza significa el automatismo de la máquina de guerra en estas películas rusas; nuevas y fuertes botas de soldado, la ciega brutalidad del poder militar»¹⁸.

Esta obra bien traducida de la edición inglesa y alemana por Tovar y Varas-Reyes decae poco en su calidad, a pesar de su extensión; mas, se han añadido algunas ilustraciones de autores muy conocidos, cuyos títulos están francamente mal.

Así, «*Le facteur Roulim*», de Van Gogh, tan conocido, con sus largas barbas, su vistoso uniforme y su gorra de plato con el rótulo POSTES, es «El factor Roulin»; «*Le déjeuner des canotiers*», de Renoir, «El desayuno de los bateleros», a pesar de la luz posmeridiana, las botellas de vino y los restos de la copiosa comida; «*Le déjeuner sur l'herbe*», de Manet, con su escena campestre de pintores y modelos en descansado coloquio, «*La merienda en la hierba*», así, para deleite de las hormigas.

(17) PENROSE, *op. cit.*, p. 221.

(18) HAUSER, Arnold, *Historia social de la literatura y del Arte*, Madrid, Guadarrama, 1968, t. III, p. 306.

El término «faculty» en el inglés de los Estados Unidos designa, también, al profesorado de un centro superior. Ciertamente es que la Academia, aún, da como uno de los sentidos de «facultad» el cuerpo de doctores y maestros de una Universidad. No obstante, hay casos en que la traducción deja perplejo al lector:

«El "Semanario de Salamanca" pronto tuvo cerca de trescientos suscriptores; de ellos, la cuarta parte era de clérigos, y la sexta, miembros de la *facultad de la Universidad* y estudiantes»¹⁹.

Se hubiera aclarado considerablemente diciendo «miembros del profesorado de la Universidad».

Mención especial merecen los hispanistas extranjeros, cuyas publicaciones directas en español se resienten a veces de la contaminación con sus idiomas propios. Es innegable la importante aportación que el hispanismo hace a la historia de nuestra cultura; también es loable el esfuerzo que representa escribir en una lengua extranjera, y meritorio el grado de dominio que ello supone; mas, su labor no está exenta de críticas, al igual que la de los eruditos del país.

Tomemos primero el caso de Ian Gibson. Todos conocen el rigor de sus indagaciones, el afán de exactitud que le mueve, la precisión en sus búsquedas; asimismo, es notorio su deseo de corrección lingüística y su atinado juicio de las deficientes traducciones y, sin embargo...

La palabra «abuse» en inglés no es totalmente traducible por «abuso» en español; a la idea de mal uso o de exceso se añade en aquél la de impropio, insulto, que es ajena a la voz española. He aquí algunos ejemplos:

«En su crítica de Manuel Azaña, arquitecto del Estatuto, José Antonio no se entrega al *abuso personal* practicado por otros detractores del ex primer ministro»²⁰.

«Con Largo y Prieto "F.E." es implacable, rebajándose a niveles de mero *abuso personal*»²¹.

(19) HERR, Richard, *op. cit.*, p. 29.

(20) GIBSON, Ian, *En busca de José Antonio*, Barcelona, Planeta, 1980, p. 25.

(21) *Ibid.*, pp. 80 y 81.

«De todos modos, es el texto más violento que conocemos de José Antonio, y el que más claramente revela su capacidad para el *abuso personal*»²².

Ledesma, a pesar de sus críticas, se mantuvo dentro de *límites abusivos aceptables*»²³.

Los términos «insulto» e «insultante» son los que convienen aquí.

El vocablo «eventual», de igual forma en castellano que en inglés, suele jugar malas pasadas. Al concepto de interinidad y de accidentalidad añade de preferencia el inglés el de finalidad y de carácter definitivo, que es totalmente extraño a la palabra española. Veamos un claro caso en que se contraponen ambas nociones:

«No cabe duda de que la incorporación *definitiva* de Julio Ruiz de Alda al grupo tuvo una *importancia eventual* mucho mayor que la de García Valdecasas, que más que incorporación fue *aproximación transitoria*»²⁴.

Debiera decir «importancia futura» o última.

La colaboración literaria se expresa en inglés con el término «contribution», de ahí:

«el *artículo contribuido* por José Antonio a la revista fue entregado en parte contra sus convicciones íntimas»²⁵.

Si esos desfallecimientos son disculpables en cierto modo, deja de serlo el empleo de galicismos del género escolar:

«Durante este debate ocurrió un incidente que ha dado lugar a muchos comentarios. Se trata de una amenaza lanzada contra Calvo Sotelo, que

(22) *Ibid.*, p. 127.

(23) *Ibid.*, p. 208.

(24) *Ibid.*, p. 57.

(25) *Ibid.*, p. 47.

venía de proclamarse fascista por Angel Galarza Gago, diputado socialista por Zamora»²⁶.

Calvo Sotelo no venía de ningún sitio, sino que *acababa* de pronunciar una alabanza del «Estado corporativo», en un debate parlamentario.

Y aún menos disculpables inexactitudes evitables con cualquier diccionario:

«y sin duda los organizadores tenían presente también el precedente del entierro de Felipe "el Hermoso", muerto en *Brujas, en 1478*, y conducido a Granada por su esposa, doña Juana la Loca»²⁷.

Se ha confundido las fechas de nacimiento y de muerte, pues murió en Burgos, en 1506, y no fue conducido a Granada por su esposa, sino a Tordesillas.

Igualmente, cuando afirma haber visitado, en el cementerio de San Isidro, la cuádruple tumba de Goya, Donoso Cortés, Meléndez Valdés y Moratín, y se pregunta, ¿quién tuvo la idea de juntar bajo un solo lecho mortuorio a aquellos cuatro ilustres?²⁸. La tumba de Goya está en el crucero de la iglesia de San Antonio de la Florida, y la idea por la que pregunta el hispanista irlandés procede, sin duda, de Manuel Mesonero Romanos, que publicó, en 1900, un folleto titulado «Goya, Moratín, Meléndez Valdés y Donoso Cortés. Reseña histórica de los anteriores enterramientos...»²⁹.

Rica Brown obtuvo, en 1962, el premio de la Editorial Aedos por su biografía de Bécquer. Es un trabajo sólidamente construido, que continúa siendo fundamental en los estudios biográficos del poeta sevillano, a pesar del tiempo transcurrido y de haberse publicado en 1977 la obra de Rafael Montesinos «Bécquer. Biografía e Imagen», que valió a su autor el Premio Nacional de Ensayo de 1977 y el premio Fastenrath de la Real Academia. El

(26) GIBSON, Ian, *La noche en que mataron a Calvo Sotelo*, Barcelona, Argos Vergara, 1982, p. 75.

(27) GIBSON, Ian, *En busca de José Antonio*, op. cit., p. 248.

(28) GIBSON, Ian, *Un irlandés en España*, Barcelona, Planeta, 1981, p. 178.

(29) LAFUENTE FERRARI, L., *Goya. Los frescos de la Florida*, Ginebra, Ediciones de Arte Albert Skira, 1964, pp. 22 y 149.

estilo de Rica Brown es terso y de buena clase, aunque descubrimos de cuando en cuando anglicismos del orden de los que reprochamos a los traductores:

«Agotado por el trabajo excesivo del periodismo literario, abrumado por la angustia de su situación precaria, *con mujer e hijo que soportar, reconoce la simpleza* de sus ideas de adolescente»³⁰.

Más que «soportar» a su familia tenía que mantenerla, y en cuanto a la «simpleza», tal vez lo que quiera decir la autora es la simplicidad.

En otro lugar:

«Habían vivido modestamente y a veces con sus apuros, pero se ve por los recuerdos de Julia Bécquer que allí habían conocido una verdadera vida de familia unida. Y *para Toledo* Gustavo había concebido una pasión verdadera»³¹.

Lo que debe decir es que Bécquer concibió una verdadera pasión *por* Toledo.

Asimismo:

«Como todas estas *atribuciones son tentativas*, cualquier documento que se descubra puede ensanchar el horizonte de nuestros conocimientos»³².

La atribución que se hace un poco antes de la fecha de composición de cuatro «Cartas literarias a una mujer» es conjetural y susceptible de ser rectificada por el hallazgo documental.

En la serie de «Clásicos Hispanos», Ediciones Anotadas, figura la de las «Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer» por el hispanista francés Robert Pageard, publicada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y el «Centre de Recherches et d'Éditions Hispaniques de l'Université de Paris», Madrid, 1972. Excelente edición, profusamente anotada. En ella encontramos algunas claudicaciones:

(30) BROWN, Rica, *Bécquer*, Barcelona, Aedos, 1963, pp. 273-274.

(31) *Ibid.*, p. 341.

(32) *Ibid.*, p. 127.

Sea, por ejemplo, el título de un capítulo en el que se trata de las imitaciones y traducciones del poeta alemán Heine, que tal vez conociera Bécquer:

«C) El descubrimiento de los *retratos españoles* de Heine»³³.

¿Se entenderá por retratos las reproducciones españolas del poeta alemán?

En otro lugar:

«*Esta savia del mundo existe siempre,
Corre, y los dioses están aquí abajo!*»³⁴.

Se trata de la traducción de una de las estrofas de Musset:

«*Elle existe toujours cette sève du monde
Elle existe toujours cette seve du monde*»

La traducción no es muy afortunada, pero «*existe toujours*» debe ser «sigue existiendo», porque la continuación de la acción que expresa «*toujours*» es «aún».

Asimismo.

«Se comprueba aquí que los versos 23 a 26, dedicados al timbre de la voz de la amada, *dieron mucha pena al poeta*»³⁵.

Fue «mucho trabajo» lo que dieron, no lástima ni dolor, como se desprende igualmente de otro texto, en el que se alude a los conocidos versos de Musset:

«*Mes chers amis, quand je mourrai,
Plantez un saule au cimetière.*»

«Un sauce se cultiva, en efecto, *con mucha pena* sobre la tumba de Alfredo de Musset en el cementerio parisino del «Père Lachaise»³⁶.

(33) PAGEARD, Robert., *Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer*, Madrid, C.S.I.C., Centre de Recherches et d'Éditions Hispaniques de l'Université de Paris, 1972, p. 17.

(34) *Ibid.*, p. 160.

(35) *Ibid.*, p. 83.

(36) *Ibid.*, p. 140.

Capítulo especial merecerían las traducciones prefabricadas, hechas en los países de origen y acompañando a ciertos productos o utensilios, cuyos modos de empleo intentan explicar al usuario de lengua española, pero de forma tan confusa, por no decir incorrecta, que muchas veces se precisa consultar las versiones en otros idiomas para saber a qué atenerse. No sólo se trata de productos industriales, sino hasta de ambiciosas producciones intelectuales. Tenemos que reprochar a las famosísimas «*Ediciones de Arte Albert Skira*» su descuido en las versiones en español, «printed in Switzerland», donde el «*árbol de Jesé*» se convierte en el «*árbol de José*», y no por simple errata, sino reiteradamente³⁷, y las «*virgenes prudentes en virgenes sabias*, y las *necias en locas*»³⁸, y frases como:

«Se acusan las tensiones en las almas entre la pasión por las riquezas, la impaciencia por *ampararse de ellas*, la fruición de gozarlas, y, de otra parte, una aspiración profunda a la pobreza»³⁹.

Debe decir «apoderarse de ellas», «s'en emparer». Gran descuido.

Claro está que estas faltas son muy inferiores a las de tiempo atrás que descubrimos en folletos, o litografías con explicación bilingüe impresa al pie y destinadas a ser introducidas en España. Ejemplo de la propaganda «sans culotte» de 1794, cuando la invasión de Cataluña por las tropas de la Convención:

«Porque harian vms. una resistencia inutil y culpable?... Seria para la infernal inquisicion que no ha existido del tiempo del *buen señor sin calzones JESU-CHRISTO?*»⁴⁰.

O la serie de grabados publicados en Toulouse, a mediados del siglo pasado, dedicados a la «Conquista de México», con texto franco-español: en un lado, «A la grande stupeur des Indiens, Ferdinand Cortéz ordonne de brûler les nefes pour éviter toute possible retraite».

en el otro: «Al gran estupor de los Indianos, Ferdinand Cortez ordeña de quemar las naves para evitar toda posible retirada».

La traducción no es cosa fácil, como decíamos al principio. Es un

(37) DUBY, Georges, *La Europa de las Catedrales*, Genève, Ediciones de Arte Albert Skira, 1966, pp. 19, 30, 31, 32.

(38) *Ibid.*, p. 19.

(39) *Ibid.*, p. 9.

(40) HERR, Richard, *op. cit.*, p. 240.

terreno vidrioso, en el que puede resbalar el mejor dotado. Requiere esfuerzo y atención y, sobre todo, responsabilidad, legal y deontológica: una traducción defectuosa puede afectar a la lengua y consagrar errores que provocan la risa, cuando no las lágrimas. Buen hallazgo para la literatura turística la «*Vía de la Plata*». A cuántos entendidos hemos oído explicar como por ese camino llegaba al país la plata de las minas americanas o cosas semejantes. Se trata de la deformación de un arabismo. Los musulmanes llamaron a la calzada romana de Mérida a Astorga, que se hallaba en buen estado para sus aceifas, «*balath*», o sea, el camino empedrado, de ahí «*vía balata*»⁴¹. Precisamente a la misma ruta la llamaron los cristianos, y así aparece ya en documentos de 1171, la «*calzada de Guinea*», que también era una deformación de «*equinea*», de «*equus*», por ser a propósito para cabalgar⁴². De igual suerte, la Mancha, tanto la de D. Quijote como el brazo de mar que separa Francia de Inglaterra, es el primero un nombre proveniente de otro deformado arabismo, «*la llanura alta*»⁴³, y el segundo, una evidente mala traducción de «*manga*».

(41) IOVAR, A., y BLAZQUEZ, J. M., *Historia de la Hispania romana*. Madrid, Alianza Editorial, 1975, p. 297.

(42) GONZALEZ, Julio, «*Repoblación de la Extremadura leonesa*», *Hispania*, XI, Madrid, C.S.I.C., 1943, p. 196.

(43) ASIN PALACIOS, Miguel, *Contribución a la toponimia árabe en España*. Madrid, C.S.I.C., 1944, s.v.